PALADAS DE ESPERANZA

Novedad editorial. 'Remando como un solo hombre' va mucho más allá del relato documentado de una hazaña deportiva olímpica » Joe Rantz y su calvario vital sirve de radiografía de los EE UU de los años 30

Por Victoriano S. Álamo

Su vida recuerda a los personajes de *Las uvas de la ira*, de John Steinbeck. Su madre fallece cuando apenas levantaba un par de palmos del suelo. Tras una profunda depresión, su padre vuelve a casarse y tiene nuevos hijos con su nueva esposa. Cuando Joe Rantz cumple 15 años, su progenitor le espeta que no puede mantenerlo como parte de su hogar, por lo que tendrá que buscarse la vida en solitario. Su familia se monta en un coche, lo arrancan y lo dejan con lo puesto en su casa, en una pequeña población rural de Estados Unidos.

Talar árboles, cargar palas de asfalto ardiente bajo un sol de justicia para mejorar las carreteras, pescar con un arpón en los ríos y cualquier chapuza física que sirviera para ganarse unos dólares ayudó a este joven a sobrevivir en un país en el que la pobreza se extendía como la pólvora, tras el *crack* bursátil de 1929. Mientras desarrollaba con estos trabajos físicos un físico poderoso, este adolescente fue capaz de seguir con sus estudios. Incluso, entró en la Universidad de Washington. Allí era un paria, un pobre entre compañeros con un poder adquisitivo que él y su novia Joyce apenas podían soñar.

Tanto esfuerzo y sacrificio merecen una oportunidad. Y la puerta a la esperanza se abrió con el equipo de remo. Su fortaleza física y una capacidad de sacrificio casi natural hizo que, desde un primer momento, el entrenador Al Ulbrickson se percatase de su potencial.

Reconoce en las notas del libro Daniel James Brown (California, 1951) que el propio Joe Rantz y su hija, Judy Willman, fueron dos piezas determinantes para que *Remando como un solo hombre* (Nórdica Libros y Capitán Swing) viese finalmente la luz. «No podría haber empezado a contar la historia de Joe y la historia más amplia del equipo olímpico de remo de 1936, de no haber sido por la estrecha colaboración de Judy en todas las fases del proyecto», explica este periodista y escritor sobre el proceso de gestación de este libro que, en un principio, aborda la historia de una histórica hazaña deportiva.

En apariencia, este volumen cuenta cómo se gestó el triunfo del equipo de remo de Estados Unidos en los Juegos Olímpicos de Berlín, en 1936. Una cita deportiva con la que el régimen nazi buscaba exhibir ante el resto del planeta el poderío de la raza aria y una imagen general muy distinta de la que realmente escondía entre sus entrañas –«Bienvenidos al Tercer Reich. No somos lo que dicen de nosotros», rezaba uno de los carteles de bienvenida en aquellas Olimpiadas–. El libro también fija su mirada en la gestación del régimen nazi en el corazón de Europa, con el apoyo de personajes tan controvertidos como la cineasta Leni Riefenstahl y lo que se conoce como su *Trilogía de Nuremberg*.

Imágenes. *Arriba, el pabellón de botes de la Universidad de Washington, en los años treinta del siglo XX. En la imagen inferior, el entrenador Al Ulbrickson, una de las piezas clave de este volumen.*

Exigencia

El remo obliga a un esfuerzo mayúsculo. En proporción, se estima que un remero olímpico procesa tanto oxígeno como un purasangre

Pero uno de los principales valores de este ejemplar es que va mucho más allá del relato pormenorizado de una épica hazaña deportiva. Desde las primeras páginas queda muy claro. Se trata de una radiografía de un país en un momento concreto de su historia.

Los ocho remeros y el timonel que vencieron al todopoderoso equipo germano ante las narices de Hitler no eran marcianos.

Eran jóvenes de la América rural que, como casi todos los que le rodeaban, intentaban sobrevivir en un país arrasado por el fiasco de 1929 y por una serie de terribles fenómenos meteorológicos –sequías, tormentas de arena, olas de frío polar, etcétera– que devastaron durante los primeros años treinta de la pasada centuria buena parte de su geografía, y que Daniel James Brown describe con maestría.

No es casual ni baladí el protagonismo que tiene la odisea vital de Joe Rantz dentro de todo el re-

lato de este camino hacia la gloria olímpica del equipo de remo. Mientras desvela su deambular vital cuando no era más que un adolescente y un joven universitario, este profesor de literatura comparada y escritor de libros de no ficción radiografía el terrible día a día de millones de compatriotas en los enclaves rurales y urbanos de tamaño medio –según los estándares yanquis–. Unas duras condiciones que se complicaban aún más debido a la conservadora y arcaica mentalidad que imperaba en lo que se suele denominar como «América profunda».

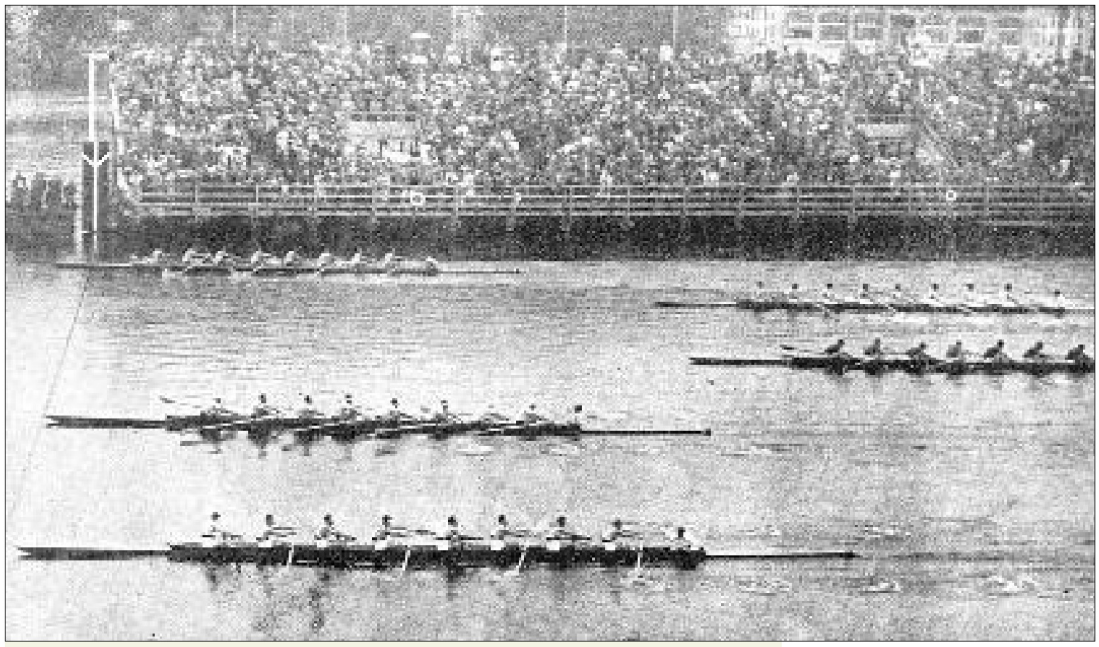
La otra vertiente de este voluminoso ejemplar de más de 400 páginas es, como es lógico, la deportiva. Fruto de un trabajo de investigación asombroso y gracias a los diarios de los propios protagonistas, Daniel James Brown describe paso a paso cómo se conformó este equipo ganador y todos los entresijos que rodearon su gestación y desarrollo hasta el canal olímpico de Berlín.

Para los neófitos y los espectadores, es una certeza que el remo es un deporte bello y espectacular. Pero esa excelencia es fruto de un trabajo físico mayúsculo, que requiere horas y horas de durísimos entrenamientos para fortalecer los músculos y para adquirir la técnica, la precisión y la sincronización –«el *swing*» del que habla el libro– que requiere un equipo de remo de élite.

«El resultado de todos estos esfuerzos musculares, tanto a gran escala como a pequeña, es que el cuerpo quema calorías y consume oxígeno a un ritmo que no tiene parangón en prácticamente ninguna otra actividad humana. De hecho, los fisiólogos han calculado que remar en una regata de dos mil metros –el estándar olímpico– tiene el mismo efecto fisiológico que jugar dos partidos de baloncesto seguidos. Y ese coste se paga en unos seis minutos», se explica en un pasaje del libro.

James Brown aporta dos detalles más de lo que implica ser un deportiva de élite en esta exigente disciplina: «en proporción, los remeros olímpicos procesan la misma cantidad de oxígeno que un caballo de carreras purasangre» y «los músculos empiezan a gritar de dolor casi desde el principio de la regata y siguen gritando hasta el final».

Don Hume, Joe Rantz, George Hunt, Jim McMillin, John White, Gordon Adam, Charles Day, Roger Morris y el timonel Bob Moch pasaron por este calvario durante largas y durísimas sesiones de entrenamiento hasta que consiguieron que su bote fuera el elegido para acudir a la cita olímpica berlinesa. Tanto bajo un sol de justicia, con una humedad asfixiante, como en plena ola de frío polar, con las manos repletas de heridas y las piernas entumecidas. Un calvario difícil de superar sin la radiografía social que incluye este apasionante volumen.



Imágenes significativa. *En la imagen superior, momento en el que el equipo norteamericano cruza la metas en primer lugar durante la final olímpica de los Juegos de Berlín, en 1936. En la imagen inferior izquierda, paseo en remo durante una reunión celebrada veinte años después, en 1956. Ala derecha, Joe Rantz, con su banjo. En las imágenes inferiores, de izquierda a derecha, el equipo olímpico alemán de 1936; Joseph Goebbels y Leni Riefenstahl; y un encuentro de nazis en Grünau, en el que figuran Goebbels y Hitler. Todas las imágenes aparecen en Remando como un solo hombre.*

Cuando el remo era un deporte de masas

■ El remo ha sido y hoy aún lo es un deporte muy minoritario en España. Salvo cuando llegan los Juegos Olímpicos, apenas cuenta con repercusión mediática, lo que, guste o no, lo destierra a un ostracismo casi absoluto.

Eso sí, a veces cobra una actualidad no deseada, como ha ocurrido durante la pasada semana con el desarrollo de un juicio sobre el supuesto escándalo de dopaje desarrollado en el club Urdaibai, en el 2010.

En Estados Unidos, el béisbol, el fútbol americano y el baloncesto copan el trío de preferencias deportivas mayoritarias. Pero en los años 30 y 40, tal y como explica *Remando como un solo hombre*, este deporte levantaba pasiones masivas entre la población.

Por ejemplo, más de 100.000 espectadores se congregó junto al río para ver una regata entre los equipos de las universidades de Washington y California en 1935.

Tal y como explica Daniel James Brown en su libro, estas regatas contaban con un aliciente añadido. Por un lado, la típica rivalidad estudiantil entre los recintos universitarios norteamericanos.

Por otro lado, una lucha de clases soterrada, que se plasmaba entre las universidades y las ciudades más adineradas del país, frente a las que se consideraba como de segunda o tercera categoría.